

La Misericordia Vicenciana

Benito Martínez, C.M

Una sociedad sin corazón

El 11 de abril el Papa Francisco, con la Bula *La cara de la Misericordia*, promulgó un Jubileo Extraordinario de la Misericordia desde el 8 de diciembre de 2015 al 20 de noviembre de 2016, y añadió: “¡Cómo deseo que los años venideros estén impregnados de misericordia para poder ir al encuentro de cada persona llevando la bondad y la ternura de Dios!” (MV, 5). ¡Hay tanta necesidad de misericordia!

Porque los corazones de los hombres, hoy, no albergan demasiada misericordia, están bloqueados. Son humanos deshumanizados, a los que les son indiferentes los sufrimientos ajenos en esta sociedad donde solo triunfan los fuertes. La técnica, la eficacia y la burocracia han destruido la ternura. A la sociedad actual le parece que mostrar corazón compasivo hacia el que sufre es humillante para la dignidad del que sufre e indigna de personalidades fuertes y emprendedoras en una sociedad competitiva como la actual, donde solo triunfan los fuertes. Esta sociedad no tiene puestos de trabajos para todos y se ha convertido en un estadio donde se forma a los hombres para superar las dificultades y no mostrar compasión con los que pierden, rivales suyos. Hemos olvidado mostrar nuestros sentimientos y nos da vergüenza que vean nuestras lágrimas. Vuelve a ser realidad el adagio romano: “Homo homini lupus” [el hombre es un lobo para el hombre].

Si los bautizados tienen que reproducir en lo humanamente posible la cara de Cristo, acentuando cada creyente unos rasgos más que otros, según su psicología y la vocación a la que se siente llamado, el vicentino debe poner misericordia en el mundo, debe “poner corazón” en los engranajes de la vida moderna y acercarse personal y comunitariamente a la gente que sufre. Y este año que el Papa Francisco ha dedicado a la Misericordia, los seguidores de San Vicente y del beato Ozanam deben acentuar el rasgo que propuso Juan Pablo II en 1997 a la Superiora General de las Hijas de la Caridad, Sor Juana Elizondo: “*tomar por vocación ser el rostro de amor y misericordia de Cristo*”, y que ya manifestó San Vicente de Paúl (IX, 915). Frase provocadora, al decir que la vocación vicenciana no es simplemente servir y evangelizar a los pobres, sino expresarles el amor y la misericordia de Jesús.

El mundo lleva siglos siendo gobernado por la razón. Ya es hora de que sea dirigido por el corazón y la misericordia. La razón es una facultad admirable, considerada la raíz de todo adelanto. Quien la emplea en bien de la sociedad consigue el bienestar. En realidad cabeza y corazón se necesitan. Para que la ayuda sea eficaz, los vicencianos necesitan una mente que discierna y organice. San Vicente lo descubrió en 1617, en Folléville primero, cuando asumió la reflexión de la señora de Gondi sobre la necesidad de instituir un grupo estable de misioneros para evangelizar a los más pobres de la sociedad, que entonces vivían en las aldeas del campo (XI, 700). Y después en Châtillon, cuando reflexionó sobre la ayuda mal organizada que tanta gente daba a una familia enferma y dedujo que la caridad debía estar organizada *en grupos solamente de mujeres* y ser *autónomos*, pero no independientes. E instituyó la Primera Caridad¹. Igualmente usó la razón para reformar al clero. Empezó por los Ejercicios a ordenando, pasó a la formación continua del clero con las Conferencias de los Martes, y terminó asumiendo los seminarios como un ministerio importante de su Congregación².

Porque “tal es mi fe y tal es también mi experiencia” escribió al P. Codoing (SVP, II, 237), es decir, se guiaba por la fe y por la razón. Y la razón y la fe le decían que “los deberes de justicia son preferibles a los de caridad”, que *el mayor desprecio que puede hacerse al amor es dar por caridad lo que se debe dar por justicia*, que “no puede haber caridad si no va acompañada de justicia”; y el santo corregía con dureza y claridad: “Hay que creer que al socorrer [a los pobres], estamos haciendo justicia y no misericordia”³.

La razón le decía que tanto las Hijas de la Caridad, como los misioneros tienen que atender corporal y espiritualmente al hombre total, alma y cuerpo⁴. Usaba la razón para comprender que hay que empezar por darles los medios necesarios: aperos, semillas, materiales... para que sean ellos mismos quienes se esfuercen en salir de la pobreza⁵.

Sin embargo, para relacionarse con los pobres prefirió el corazón, pasando a la historia como el símbolo de la misericordia, la caridad y la cordialidad.

¹ SVP, IX, 202, 232. Son las actuales Voluntarias de la AIC.

² Cómo empleó San Vicente la razón en las fundaciones e instituciones que hizo, lo expuse en una Semana Vicenciana de Salamanca (“San Vicente de Paúl, un discernidor de espíritus” en *La experiencia espiritual de San Vicente de Paúl. 35 Semana de Estudios Vicencianos*. CEME, Salamanca 2010, p.187-223).

⁴ SVP, VIII, 226; XI, 393.

⁵ SVP, IV, 180; VIII, 33, 66³ SVP. VII, c. 2984; II, c. 473; VII, c. 2644.

La misericordia y la compasión

El Papa Francisco, al convocar el Año Jubilar de la Misericordia (MV, 9), presenta a Dios como el “Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira, y pródigo en amor y fidelidad” (*Ex* 34,6), que *envía a su Hijo al mundo* para decirnos en parábolas, curaciones y acogida de pecadores que “quiere misericordia y no sacrificios” (Mt 9,13; 12,7) hasta exclamar: “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia”. Cuando Juan el Bautista quiere saber si Jesús es el Mesías, este le muestra las obras de misericordia (Lc 7, 22). Por eso la encíclica *Rico en misericordia* afirma que creer en Dios es creer en su misericordia (n. 8).

Misericordia significa tener corazón ante la miseria ajena, como aparece en la parábola del buen Samaritano (Lc 10,33-37) y en el clamor de San Vicente: “los pobres son mi peso y mi dolor” que le llevaba a exclamar “¡por las entrañas de Jesucristo!”⁶.

La misericordia es una montaña con dos vertientes: por un lado la compasión y por el otro, el perdón, y llamamos cordialidad a la vegetación que la embellece. Pero una compasión sin límites: “sed compasivos como vuestro Padre es compasivo”, y un perdón incondicional “hasta setenta veces siete”⁷. La compasión es la raíz y la misericordia, su fruto, mientras que la cordialidad es la belleza con que se presenta el vicentino. Por su parte, el perdón viene a ser la máquina que despeja el camino a las tres virtudes.

Ni la misericordia ni la compasión suprimen el dolor, pero desempeñan un papel de bálsamo y animan a actuar contra el mal por medio de la caridad. La caridad es más divina, la compasión, más humilde. La compasión es un amor más bajo que la caridad, pues solo se mueve ante el dolor, pero más asequible. Quien no ama a quien ve sufrir, difícilmente amará a quien ve triunfar; pero ambas quedan nubladas sin la cordialidad. Sin misericordia viviríamos más cómodos y sin caridad más despreocupados, pero habríamos matado el corazón y no seríamos ni vicencianos ni cristianos (ved MV, 11).

Porque “lo propio de Dios es la misericordia” (SVP, XI, 253), decía San Vicente, y animaba: “Cuando vayamos a ver a los pobres, hemos de entrar en sus sentimientos... Para ello es preciso que sepamos en-

⁶No es lo mismo la expresión “¡por la misericordia de Jesucristo!”, empleada por San Vicente cientos de veces, que solo tiene el significado que damos hoy día a la expresión “¡por la gracia de Dios!”.

⁷Lc 6, 36; Mt 18, 22; Jn 3, 16. Cfr. Gal 4, 4; Ef 2, 4; Mt 9, 13; 12, 7; Lc 7, 22.

ternecer nuestros corazones y hacerlos capaces de sentir los sufrimientos y las miserias del prójimo, pidiendo a Dios que nos dé el verdadero espíritu de misericordia, que es el espíritu propio de Dios: pues, como dice la iglesia, es propio de Dios conceder su misericordia y dar este espíritu. Pidámosle, pues, a Dios, hermanos míos, que nos dé este espíritu de compasión y de misericordia, que nos llene de él, que nos lo conserve, de forma que quienes vean a un misionero puedan decir: «He aquí un hombre lleno de misericordia». Pensemos un poco en la necesidad que tenemos de misericordia, nosotros que debemos ejercitarla con los demás y llevar esa misericordia a toda clase de lugares, sufriendolo todo por misericordia” (SVP, XI, 233-234). Explicando que “el Hijo de Dios, al no poder tener sentimientos de compasión en el cielo, quiso hacerse hombre, para compadecer nuestras miserias. Para reinar con él en el cielo, hemos de compadecer, como él, a sus miembros que están en la tierra” (SVP, XI, 771).

La misericordia no exige que tenga que sufrir quien se compadece. Jesús en la última Cena desahogó su tristeza, pero a sus discípulos los consuela y anima. Santa Luisa sintió toda clase de sufrimientos “desde su mismo nacimiento” y gritó a San Vicente para que la ayudara, pero nunca pidió que sufrieran con ella, aunque siempre quiso encontrar a una persona compasiva y cordial (E. 19; C. 122, 248). El sufrimiento es malo y hay que huir del dolor, a no ser para compartir el dolor ajeno y aliviar su sufrimiento. La compasión asume una parte del dolor de quien sufre para que sufra menos, al sentir que no está solo y tiene a un amigo que comparte sus penas, busca soluciones y le llena de esperanza.

Cierto la compasión es un sentimiento humano que se siente o no se siente, no se le manda, pero se le puede encauzar hacia la caridad divina. Cuenta Abelly que, apenado por el mal tiempo que hacía para la cosecha, San Vicente dijo a un compañero: “Me da pena nuestra Compañía, pero en realidad, no tanto como los pobres; nosotros tenemos la tranquilidad de ir a pedir pan a otras casas nuestras, si lo tienen, o a trabajar de vicarios en las parroquias, pero los pobres ¿qué harán?, ¿a dónde podrán ir? Confieso que ellos son mi peso mi dolor”⁸. Y lo concretaba: “Si esa pobre mujer no se queda con la finca, habrá que ayudarla, pues me da mucha compasión, y darle un escudo mensual durante algún tiempo, tanto si quiere vivir con su hijo como retirarse a Montmirail, o con las Hijas de la Caridad o en alguna otra casa” (SVP, V, 410)

⁸ L. ABELLY, *Vida del venerable Siervo de Dios Vicente de Paúl*, CEME, Salamanca, 1994 p. 631.

El perdón

La manera de manifestar un afecto sincero comienza por el perdón. Jesús lo enseña, como condición para la convivencia en el sermón del monte y en el discurso del cp. 18 de Mateo. San Pablo lo tuvo presente cuando quiso corregir las divisiones en la iglesia de Corinto y les escribió la segunda carta. Y es uno de los consejos que San Vicente escribe a una comunidad de Hijas de la Caridad que estaba dividida: *El tercer medio es que todas os deis un abrazo y os pidáis mutuamente perdón* (III, 162).

Pero ¿qué es el perdón? El perdón no supone que se considere la falta como no cometida ni existente, pues lo que se ha hecho, hecho está. Perdonar tampoco es olvidar sin más. Algunas veces podremos olvidar y hasta tendremos que luchar por olvidar, pero otras veces nos es imposible borrar de la memoria el pasado. Ni el castigo está reñido con el perdón. El castigo puede justificarse como educación o corrección de utilidad pública o privada, es el rencor lo que nunca puede justificarse. *Perdonar está en el corazón, es dejar de odiar, abandonar el rencor, el resentimiento, la venganza o el deseo de castigar.*

El perdón es comprensión

Para perdonar es necesaria la *comprensión*. Si se comprende que todos tenemos defectos, que todos caemos, ya se perdona [el primero que no haya pecado que tire la primera piedra: Jn 8, 1-11]; si se comprende que el otro es como es y se le acepta, ya se le perdona, aunque haya que condenar su comportamiento. La misericordia se fundamenta en la *humildad*. Los vicencianos nunca pueden olvidar que *el reconocimiento de nuestras limitaciones y fallos*, favorecen las entrañas de misericordia y de perdón. Es la postura que prescribe Jesús en el Monte: que no juzguemos ni miremos la paja en el ojo del otro (Mt 7, 1-5). La comprensión abre el camino para examinar las circunstancias en la existencia de otras personas. Casi no se necesita el perdón: quien comprende no juzga y si no le juzga no le considera culpable, le perdona. También en comunidad hay que ser comprensivos. Cosas que para unos son llevaderas, para otros son inaguantables. Un modelo de compasión lo leemos en las cartas que le envió San Vicente a santa Luisa con motivo de la desgracia de sus tíos⁹.

Y hay que perdonar, como Cristo en la cruz, aún a quien no se arrepiente, pues el perdón es un don que se ofrece gratuitamente al ofensor

⁹ SVP, I, 202, 204, 206, 211

por misericordia con él, no un intercambio de perdón por arrepentimiento; el perdón es incondicional, sin provecho alguno propio, de lo contrario no es perdón. Pues el perdón no hay que considerarlo en relación solo al malvado sino también con relación al que perdona.

Es la mentalidad de San Vicente referida a los condenados a galeras: “Es propio de los sacerdotes procurar y tener misericordia de los criminales; por eso, no debe usted negar nunca su asistencia a los que piden su intervención, sobre todo cuando en su crimen ha habido más desgracia que malicia. Hay una carta de san Agustín sobre esta materia (no me acuerdo cuál es), en la que demuestra que no es fomentar el vicio, ni autorizarlo el procurar librar a los pecadores y a los encarcelados por el camino de la intercesión y de la indulgencia, y que pertenece a la caridad y al decoro de los eclesiásticos interceder por ellos. Por tanto, puede usted... ejercer misericordia, pidiéndola para los culpables y exigiéndola para los inocentes, según la obligación de su estado” (VII, 366). Y algo parecido dice a las Hijas de la Caridad: “¿Quién tiene compasión de esos pobres criminales, abandonados de todos? Las pobres Hijas de la Caridad. ¿No es esto hacer lo que hemos dicho, honrar la gran caridad de Nuestro Señor, que asistía a todos los pecadores, incluso a los más miserables, sin tener en cuenta sus delitos?”. “¡Qué dicha servir a esos pobres presos, abandonados en manos de personas que no tenían piedad de ellos! Yo he visto a esas pobres gentes tratados como bestias; esto fue lo que hizo que Dios se llenara de compasión. Le dieron lástima y luego su bondad hizo dos cosas en su favor: primero, hizo que compraran una casa para ellos; segundo, quiso disponer las cosas de tal modo que fueran servidos por sus propias hijas, puesto que decir una hija de la Caridad es decir una hija de Dios” (SVP, IX, 740.749).

El amor cristiano siempre está en relación con el perdón: cuanto más se ama más se perdona, y cuanto más uno se siente perdonado ama más (Lc 7,47). El perdón humano puede hacer las veces del amor cuando éste se nos presenta como imposible, al mismo tiempo que nos prepara para amar. Continuamente hemos de tener presente que el perdón es de segundo orden comparado con el amor, pero de primera necesidad para una convivencia. A quien te es difícil amar, al menos comienza por perdonarle.

La cordialidad compasiva

Frecuentemente en la sociedad se conservan unas relaciones cívicas correctas que llaman educación. A los funcionarios se les exige buenos

modales y cordialidad, como imagen del buen funcionamiento. A la sociedad actual le gusta la cordialidad, si es educación, pero le molesta si es compasiva. La llaman paternalismo. Y sin embargo, la cordialidad en las familias y en las comunidades hace el papel de la seda o el terciopelo que recubre las paredes y los sillones para suavizar las aristas y amortiguar los encuentros.

La compasión es un sentimiento que brota del ser humano, el perdón es una virtud que se conquista a base de lucha, pero la cordialidad, salida natural del corazón, es un arte que debemos aprender sin confundirla con una afabilidad estudiada o fingida. Cuando alguien aprende la cordialidad como un arte sin más, puede llegar a ser educado, pero ser vicenciano o simplemente cristiano requiere poseerla como virtud.

La vida familiar, comunitaria y social está tejida con relaciones de personas que a cada encuentro se miran a la cara y se saludan. Si la cordialidad no empapa el aire que respiran, la frialdad las hiela y aleja a unas de otras, mientras que, si el corazón se refleja en la cara y en las expresiones, las relaciones se hacen más familiares unidas en un solo corazón. La cordialidad es el rostro que expresa el amor. San Vicente proponía “que nos adelantemos a honrar a los otros. ¿Por qué? Porque si no, parecería como si nos rehuyéramos o nos comportáramos como señores, como gente importante o como fríos; y eso cerraría nuestros corazones, mientras que lo contrario los abre y los ensancha. La humildad es un producto auténtico de la caridad que, cuando llega la ocasión, nos hace que nos adelantemos a honrar y respetar al prójimo y, de esta forma, nos ganemos su afecto” (XI, 562). Humildad que llega a considerar a los pobres “sus amos y señores”¹⁰ y a ellas sus sirvientas. Expresión acertada y necesaria para aquel siglo, con la condición de que, hoy día, sientan *estar a su servicio, de serles útiles* porque son sus *amigas*, reconociendo su dignidad y promocionando su futuro. La amistad engendra cordialidad mutua.

Pero no solo con los pobres, también entre ellas: “Si tenéis amor a los pobres, demostraréis que os sentís muy gustosas de verlos. Cuando una hermana tiene amor a otra hermana, se lo demuestra en sus palabras... De forma que conviene que os demostréis unas a otras la alegría

¹⁰ “*Signori e padroni*” era frase común para indicar la total posesión de algo o sobre alguien, al estilo de hoy día: *Se hacen dueños y señores de la casa*. Pero en especial, para designar a los Señores de un pueblo o lugar, de un hospital... En este sentido, san Camilo de Lellis se la aplicó a los pobres, y San Vicente la hizo suya (SVP, IX, 125, 862, 915s); santa Luisa solo usa la palabra “maîtres” (dueños) (c. 7, 487,630).

que se siente en el corazón y se refleja en la cara... Cuando se acerca una hermana, mostradle una cara que le haga ver vuestra amistad, que os sentís muy dichosas de volver a verla... Eso se llama cordialidad, que es un efecto de la caridad; de forma que si la caridad fuera una manzana, la cordialidad sería su color... También puede decirse que, si la caridad fuera un árbol, las hojas y el fruto serían la cordialidad; y si fuera un fuego, la llama sería la cordialidad” (SVP, IX, 1037). Indicando que un abrazo en la despedida, una sonrisa al que te ha ofendido, una pregunta amable a quien ves que sufre, interrumpir algo o dirigir la mirada ante una pregunta unen más fuertemente que las ideas¹¹.

La misericordia se ha vestido de dulzura. Es la luz y el aire fresco que hace agradable la estancia en una casa. Una misericordia sin cordialidad enrarece el aire y termina asfixiando. La cordialidad es el ropaje con que se viste la misericordia para no herir la sensibilidad de la persona que sufre y es el vestido predilecto de los vicencianos (MV 10).

La pobreza del miedo

Pero en la actualidad, la compasión se dirige más a los que tienen miedo, y forman la inmensa multitud que siente *la pobreza del miedo*. El miedo a los soldados, a las epidemias y a las malas cosechas era la pobreza que caracterizaba a los pobres del siglo XVII. También hoy los pobres de nuestra sociedad tienen miedo. Las familias temen la degradación de la vida para sus hijos, la droga, el sida, los abusos sexuales. Hay niños que tienen miedo del acoso escolar, ancianos que temen la soledad, mujeres que tienen miedo de su ex marido o su ex pareja, y tienen que llevar escolta. La gente modesta tiene miedo de perder el trabajo y que le falte el dinero necesario para poder vivir, y los jóvenes sienten el pavor de no poder colocarse con un contrato digno. Ven incierto su futuro, con la inquietud de no saber si sus estudios y su preparación servirán para algo, al contemplar que solo triunfan los que tienen padrinos políticos y económicos o familiares influyentes, mientras que los débiles quedan marginados, sin compasión de nadie, y últimamente, se está extendiendo el pánico por los atentados yihadistas del Estado Islámico radical.

A esos pobres van los vicencianos. Si *los pobres son su peso y su dolor*, imitando a San Vicente, un vicenciano auténtico asume sus miedos como propios. Si los contempla sin hacerlos suyos ni identificarse

¹¹ Ved la conferencia de San Vicente a las Hermanas del 1 de enero de 1644.

con ellos, aunque los ayude materialmente, no es auténtico vicenciano. Hoy se hace urgente luchar contra el miedo que sienten los pobres. Y no es difícil, por los cambios realizados en la sociedad moderna: las instituciones se hacen cargo de los pobres, las leyes laborales y los sindicatos se ponen por objetivo defenderlos. Y por otro lado, la edad avanzada de muchos vicencianos pide que la forma de ayudar a infinidad de pobres que se sienten desencantados de la vida sea infundirles ilusión y confianza contra el miedo. La ilusión y la confianza que pedía Jesús a los apóstoles cuando en medio del lago amenazaba la galerna y Él dormía junto al timón. Al despertar les anima: *¿Por qué tenéis miedo?* (Mc 4, 40).